



**Dios te salve, María;
llena eres de gracia;
el Señor es contigo;
Madre de Dios, ruega por nosotros.**

Amén.

“A toda mi familia, gracia y bendición divina recibidas.”

JHS

XL PREGÓN

HERMANDAD Y COFRADÍA DE
NAZARENOS DEL SANTÍSIMO CRISTO DE
LA VERA-CRUZ, MARÍA SANTÍSIMA DE
LA ANCILLA EN SU MAYOR DOLOR Y
TRASPASO Y SAN JUAN EVANGELISTA

Mairena del Alcor, a día 14 de abril del año de
Nuestro Señor Jesucristo de MMXIX.

Domingo de Ramos de la Pasión del Señor

Por: Juan Pablo Sánchez Prenda

PRÓLOGO

Al tiempo que la primavera comienza a brotar, plena de luz, verdor y esperanza, la Cuaresma destella, cual compañera de viaje, para ofrecernos a nosotros, los cristianos, la oportunidad de prepararnos para la Pascua de la Resurrección.

Ahora, la cuenta atrás ha terminado. Del almanaque hemos ido descontando días al calendario para recordar el triunfo absoluto del Señor. Cristo vence, Cristo reina e impera por y para todos los pueblos del Universo. Lo hace, después del doloroso episodio de su Pasión, perdonando a la humanidad al morir clavado en la Cruz.

Cristo nos acoge en torno a él a través de la fe. Y nos transmite un mensaje de salvación basado en el Bautismo y en la unicidad de Dios Padre. Alégrese los corazones, su Reino es Vida, Paz, Justicia. Su reino es fuente de inagotable Amor. Ven con nosotros Señor y propaga todas esas gracias y virtudes sobre la faz de la Tierra. Porque el hombre te necesita.

Mairena, fértil tierra fajada y devota, participa de la Pasión del Señor con fervor. Allá por marzo, el corazón de un pueblo se arremolina asombrado y silencioso ante la imagen del venerable Cristo de la Cárcel. ¡Santo Dios! ¡Santo Fuerte! ¡Santo Inmortal! A él, que nos alumbró el camino de la Cuaresma, quiero encomendarme para cumplir este inmerecido encargo:

Cinco veces le contemplo...

ENCARCELAMIENTOS

Cinco veces te contemplo,
por mi amor encarcelado,
Dulce Jesús de la Cárcel
seas para siempre alabado.

Primera vez te contemplo,
por mi amor encarcelado,
Cuando en la Virgen María,
humana carne has tomado.

Segunda vez te contemplo,
por mi amor encarcelado,
cuando en la Última Cena
quedaste sacramentado.

Tercera vez te contemplo,
por mi amor encarcelado,
cuando preso ante los jueces
cruelmente eres tratado.

La cuarta vez te contemplo,
por mi amor encarcelado,
pendiente de ese madero
donde estás crucificado.

Y quinta vez te contemplo,
por mi amor encarcelado,
encerrado en un sepulcro
y por guardias custodiado.

Y, pues, siempre te contemplo,
por mi amor encarcelado
Santo Cristo de la Cárcel
seas para siempre alabado.

Ya reconfortado, este humilde nazareno sube a tu atril para glorificarte Señor. No encuentro mayor dicha que ensalzar la grandeza y plenitud de Dios. Por ello, quiero pedir y agradecer, a la vez, al Cristo de la Vera-Cruz y su madre Virgen de la Ancilla su intercesión para afrontar esta encomienda de Domingo de Ramos. “Os lo debo todo y, por ello, me entrego a vosotros. ¡Qué sea de mí lo que Dios quiera!

Padre, derrama sobre mí los dones del Espíritu Santo para que en esta mañana jubilosa pueda ensalzar con la elocuencia que mereces la verdadera ejemplaridad de tu figura.

ACTO DE CONTRICIÓN

Jesús, mi Señor y Redentor,
yo me arrepiento de todos los pecados
que he cometido hasta hoy,
y me pesa de todo corazón,
porque con ellos ofendí a un Dios tan bueno.
Propongo firmemente no volver a pecar
y confío que por tu infinita misericordia
me has de conceder el perdón de mis culpas
y me has de llevar a la vida eterna.

Amén

(Señor Mío Jesucristo)

SALUTACIÓN

Señor Director Espiritual de esta corporación y párroco de la localidad, Señor Delegado de la Pastoral de Hermandades y Cofradías de la Villa de Mairena del Alcor, querido Hermano Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de nuestra Hermandad del Stmo. Cristo de la Vera-Cruz, María Stma. de la Ancilla en su Mayor Dolor y Traspaso y San Juan Evangelista, hermanos y devotos de la Vera-Cruz, cofrades y cristianos todos:

En esta mañana de Ramos y de Palmas no acudo hasta aquí con otro propósito que el de dar rienda suelta a mis emociones veracruzistas y mis convicciones cristianas. Sin lugar a dudas, este acto se constituye en singular ocasión para seguir ahondando en nuestras raíces y en la herencia secular de más de 500 años cada vez que nos enfundamos la túnica, nos ceñimos el cíngulo y nos acordonamos la Cruz de madera.

En esta emotiva mañana, estamos congregados para celebrar el comienzo de la Pasión de Nuestro Señor y reafirmarnos, también, desde el interior de cada uno, en nuestra identidad y creencia como seguidores de Cristo. Ante ello, sólo me queda dar las gracias a todos los hermanos que han depositado la confianza en mi persona para poder estar hoy aquí con vosotros.

Sin duda, de forma muy especial, quiero resaltar y agradecer la propuesta de Don José Rodríguez Ríos, quien hace más de un año tuvo a bien brindarme la oportunidad de pregonar mis sentimientos hacia nuestros titulares. José, gracias de corazón, tu ofrecimiento fue motivo de alegría, impulso y fortalecimiento para abordar los meses siguientes en lo laboral y lo personal. Siempre te estaré profundamente agradecido.

Por supuesto, agradezco tu presencia aquí arriba, tito. ¿Quién mejor que tú para presentarme en este día? Tú, como nadie, conoces la intimidad de mi sentimiento hacia nuestra Vera-Cruz.

También a mis padres, sustento y brújula permanente en mi vida, responsables de lo que hoy soy. ¡Gracias por ese derroche inagotable de amor y de entrega por la hermana y por mí!

Gracias a todos mis familiares y allegados por vuestro aliento y preocupación. Gracias por comprender mi desatención o la falta de tiempo que os haya podido mostrar en estos meses mientras preparaba esta tarea encargada desde el cielo.

Y, cómo no, gratitud infinita a mi mujer, quien escucha atenta mis inquietudes y comparte mis alegrías. Y a mi princesita, ese pequeño divino tesoro que alimenta nuestro día a día. Lourdes Isabel, quiero sentirte y tenerte siempre de la mano. Ella, con su prima hermana Ana, harán juntas por primera vez estación de penitencia con el hábito de la hermandad.

INICIO DEL PREGÓN

Toca el capataz el llamador. El golpe seco y decidido penetra por el interior de las pilastras de la Parroquia hasta ahogarse cuando llega a su basa. Resuenan fúnebres campanas en lo alto del templo. Su tañer se cierne sobre La Peana, el Gólgota mairenero. El paso se asoma al dintel de la puerta y el sentir de un pueblo se concentra y estremece en torno a su rey, Jesucristo, que yace muerto en la cruz. Hermano, toma tu cruz y síguelo.

Suena la trompeta de Ayamonte por su Buena Muerte y por su Vera Cruz. Y ese sonido de trompeta es un lloro, un lamento inconsolable que llama a las puertas del corazón, para abrirlas de par en par y conducirnos a las entrañas de nuestro ser, donde habitan los recuerdos y emociones más íntimos. Y, cómo no, allí, en ese lugar tan personal, se custodian en cofre de oro los sentimientos del Viernes Santo.

Ya está aquí, ya sale la Vera-Cruz. La Peana, abarrotada, esperándola está. El tiempo se detiene, se esfuma en una suerte de idílica anacronía que nos convierte en testigos del momento más crucial de la historia de la humanidad. Contemplan la escena como única. Para nada repetitiva ni monótona. Es el “instante”. También es un momento único en sus vidas que vuelve a producirse, de manera milagrosa, gracias a la Fe. Es alimento de nuestra creencia en Dios a través de las imágenes de nuestros titulares, el Santísimo Cristo de la Vera Cruz y su madre la Virgen de la Ancilla.

Vive el momento, saboréalo, intenta asirlo porque se escapa sin remedio. A su alrededor, cientos de fieles que nunca estarán en idéntica disposición. Quizás alguno no pueda repetir. Únicamente reparen en la figura del Cristo muerto crucificado. No hay vuelta atrás. Sólo lamentos por las equivocaciones, la aberración cometida, el más absoluto sinsentido jamás perpetrado, la falta de confianza y el descrédito continuado del mensaje del Hijo de Dios, el Verbo hecho carne.

No hay vuelta atrás, porque somos pecadores y vino al mundo para redimirnos. Su muerte estaba escrita. Ahora, ya muerto y resucitado, nos damos cuenta de la magnitud de su obra, de su infinita bondad, de su misión, de su “Ser” misericordioso.

Así pues, desde este prisma vengo a hablarles. Vengo a hablarles con el alma, desde lo más profundo de mis entrañas, de las emociones de un simple cristiano que anhela la unión con el Amado.

LA PROCESIÓN

Son ya ochenta años juntos. Rezando, confiándoles los problemas, pidiéndoles clemencia, protección y providencia. También inspiración en las tareas que cada uno de nosotros acometemos. ¡Cristo de la Vera Cruz y Virgen de la Ancilla!, os hacéis presentes en nuestro transitar diario por la vida sintiéndoos a nuestro lado y ofreciéndonos escucha atenta y comprensión siempre que lo necesitamos. Ocho décadas intercediendo y otorgando auxilio espiritual a las diferentes generaciones veracruzistas.

Porque las vicisitudes históricas del país, a las que no fue ajena la Hermandad, motivaron la desaparición de las antiguas imágenes veneradas por nuestros antepasados. Afortunadamente, quisieron Dios y su Madre que encontrásemos refugio en dos imágenes como llovidas del cielo que nos llegaron desde Sevilla. Una, la del Cristo, procedente de la Hermandad de La Lanzada, que la conservaba en el Convento de San Gregorio, en la calle Alfonso XII, sin darle culto. La otra, la de la Dolorosa, venida desde el último reducto conventual en Triana, el Convento de las Mínimas. Sin duda, la diligencia de un grupo de hermanos, entre los que destacó Antonio Marín Jiménez, propició que desde entonces hayamos podido amar, honrar y alabar a nuestro Cristo y a nuestra Virgen.

Cristo de la Vera Cruz, el del abrazo infinito y el de la extrema bondad, eres la luz que alumbra nuestro camino. Eres la verdad y la vida. Eres fuente de amor y de consuelo. Haznos merecedores de tu gracia espiritual y acógenos, Señor, haciéndonos dignos de la vida eterna.

Virgen de la Ancilla, cólmanos de esperanza y fe para, que según tu ejemplo, sigamos a tu Hijo y podamos aprender la lección que nos ofreció al morir en la cruz. Intercede por nosotros para que seamos buenos

hombres y en cada una de nuestras acciones con el prójimo podamos ver la impronta del Señor.

Las calles de Mairena son escenario de vuestro caminar cada tarde de Viernes Santo. Miles de fieles y penitentes, ávidos de indulgencia o de fe, acuden a vosotros con renovado propósito de enmienda. Aplacad su sed.

Si la vida es un sueño, en palabras del ilustre Calderón, podríamos convenir en que vida y alma se alimentan de sueños. Ya lo decía un buen hermano de la Vera-Cruz en un reciente pregón. “Soñaba...”. Todas nuestras vivencias nutren nuestro ser y conforman cualquier pasaje de nuestra existencia. Lo compruebo en primera persona estos días de la mano de mi pequeño retoño. Ya desde el vientre materno, experimenta sensaciones que la acompañan en sus primeros sueños de recién nacida.

Delante del papel de este pregón, no dejan de acudir a mi mente imágenes y momentos que conforman “mi sueño de Viernes Santo”. Un sueño infantil forjado desde la tierna tranquilidad de la cuna familiar que va tomando cuerpo a partir de la inocencia de la niñez y la guía de los seres más queridos por la buena senda, día sí y día también.

Para que ese sueño se haga realidad, acostumbra a producirse el milagro de una Semana Santa que pasa por delante de nosotros, pero en la que el tiempo se precipita sin advertirse. Del esplendor de palmas y ramos de La Barriada y el disfrute pausado de las jornadas del Lunes al Miércoles Santo, con el apresamiento de Jesús Cautivo, se pasa a una sucesión desencadenada de hechos que se agolpan en nuestra mente y de los que somos también testigos. Los percibimos y participamos de ellos, pero no los podemos evitar. Dios es condenado a muerte.

La Semana Santa, “semana grande”, avanza de manera irremisible. Mis cinco sentidos están puestos en ella. Ningún hecho mundial suele desviar mi atención. Con la Humildad ilimitada que emana del fondo de la calle *Jondilla*, el Nazareno de la Plazoleta ya ha cargado con su cruz a cuestas, derramando sangre y sudor como bien atestigua el bendito sudario de la mujer Verónica ante su madre de La Amargura. Un esforzado y buen cirineo lo ha ayudado a cumplir con las Sagradas Escrituras. ¡Ya es tarde de Viernes Santo! En la parte alta de la peana prorrumpen el último escuadrón

musical de las legiones romanas dispuesto a acompañar al Santísimo Cristo de la Vera Cruz en su tránsito por nuestro pueblo. Siempre lo he dicho, la simbiosis entre la crueldad y el sufrimiento del crucificado y los inagotables sonidos de Ayamonte tras él confieren un realismo total a la escena.

Rebobino, repaso y visualizo en la cinta de mi memoria todos esos flases y recuerdos que quedaron registrados a fuego y que componen mi sentimiento y deleite de tarde de Viernes Santo. Mi primera salida como nazareno en el 97 en el Paso Virgen, las anteriores procesiones de paisano, junto a mis padres, cuando aún era sólo nazareno en la mañana del Viernes Santo. ¡Qué sentimiento, qué ganas de enfundarme algún día también el hábito de la Vera Cruz y poder realizar recorridos largos como los que acostumbraba a ver en la Semana Santa de Sevilla! Lo reconozco, no me canso. Todo llegaría. En 2014 y 2018 pude convertir ese anhelo en realidad. Y el resultado, puro gozo. Llega el tramo tres de la Vera Cruz al final del recorrido. A pocos metros, veo la imagen resplandeciente y triunfal de mi Cristo y me siento henchido de satisfacción por la penitencia y con renovados ánimos de coger de nuevo la calle Real adelante. La palabra cansancio ha desaparecido de mi diccionario.

Con sólo unos años de vida, de la mano de mi abuelo y recién estrenada mi condición de hermano de la corporación, nos adentramos en la calle Coracha para presenciar la salida de la cofradía desde la Casa Hermandad, pues la Parroquia se hallaba en obras. Disfruté como lo que era, un niño pequeño, entre un reguero de almas asombradas por la complicada maniobra que requería la estrechez del lugar. Miraba al Cristo y a la Virgen, los detalles de los pasos, la candelaría... aunque en cierta manera, también imaginaba que llevaba el paso, pues mi tito Prenda era costalero.

Igualmente, me veo agachado en alguna parada de la calle Arrabal, a la altura de la casa de Julio, aprovechando el refrigerio de los costaleros para subir los faldones de los pasos y preguntar por mi tío. “¿Cómo vas tito, cansado?, ¿pesa este año mucho?, ¿dónde te sales?, habrá que aligerar el paso porque se está levantando mucho viento”. Te miraba a la cara y veía en ella reflejado el sentimiento de devoción y orgullo por el trabajo bien

hecho y de responsabilidad por saberte continuador de una tradición iniciada por el abuelo.

Un abuelo, tu padre, que con sus manos de carpintero había hecho con tesón y maestría la estructura del paso del Cristo de la Vera-Cruz en el taller de su amigo Agustín el de Isaías. Caprichoso destino y caprichosa depresión que ya, por aquellas fechas, al albor de los 90, lo privaban de ver en la calle a su Hermandad. Al menos, quedaba el balcón de mi casa donde él y la abuela disfrutaban de la cofradía cuando ésta reviraba hacia la calle El Aire. De hecho, cuando algunos años más tarde íbamos tú y yo de nazarenos, siempre alargábamos la mirada desde la fila para intentar ver a los abuelos en el balcón del 71 de la calle Arrabal. Afortunadamente, quisieron su Cristo y su Virgen que en los últimos años de vida se repusiera y disfrutara plenamente del calor familiar, con sus dos nietos, sus debilidades, y de una jubilación merecida que encontraba sus puntos álgidos en las celebraciones de Navidad, Semana Santa y Feria.

En torno a los pasos, descubro siempre la mirada piadosa de nuestros titulares tras una intensa cortina de incienso. El mejor de los aromas y perfumes para agasajarlos y agradecer la misericordia que derraman entre los hermanos y devotos. Sirve, además, para establecer y visualizar una inquebrantable conexión con el cielo, ese adonde ascenderá Cristo Rey Muerto, seguido siempre de su doliente y abnegada Madre, y donde nos espera para ofrecernos la gloria de la Resurrección.

Saetas por doquier, en Ancha, Plaza de Antonio Mairena, alguna por José María del Rey y otras justo antes de la recogida en el balcón de la casa frente a la rampa de la Parroquia. De niño cuesta entender su significado, pero percibes que es parte de la esencia de la Pasión y de un Pueblo. ¡Quién te pudiera desenclavar, Padre! Pública expresión del desgarró y el dolor que producen ver la injusticia que se cometió con un buen hombre. Así te cantaba, desde el balcón del Ayuntamiento, en 1972 nuestro Antonio Mairena al ver tu agonía...

“Al ver tu agonía triste y penosa
el cielo se vestía de tinieblas oscuras
y el firmamento tembló
al ver la triste figura
del Nazareno en la cruz de pies y manos crucificado.
Al ver tu agonía triste y penosa
del Cristo sobre el Maero
ahí lo tenéis crucificado”.

Debajo del antifaz, con el cirio al cuadril y palpando tu cruz, sigo repasando esas imágenes que componen mis emociones veracruzistas. Si la música es acompañamiento indispensable, rescata los sentimientos más profundos y Ayamonte crea una auténtica banda sonora cada noche de Viernes Santo, mi edad y mi fervor me permiten también recordar los años de silencio. Transitar reposado y elegante en una atmósfera fúnebre que envuelve calles con gentío enmudecido. El resonar medido del muñidor es el único rumor que se percibe.

Así, en la puerta de la papelería de la Rufina, junto al costero derecho del paso, y en paralelo a la imagen del Señor, la mirada de un pequeño se eleva curiosa buscando el extremo superior de su imponente cruz. Trata de buscarle sentido a aquella imagen y de procesar aquello que sus padres le cuentan que representa.

Tras un pulso aliviado que no acostumbro a ver en otras cofradías y que me llama poderosamente la atención, el paso Cristo avanza sereno para entrar en la Plaza. Yo permanezco en el mismo punto, esperando la llegada varios tramos después del Paso Palio. A lo lejos, se atisba en la esquina de Ojeda la candelera de la Virgen completamente encendida y el sonido de la música. ¡Qué hermosa viene en su dolor! ¡No hay consuelo para semejante tropelía! Lloro desconsolada por su hijo y entrecruza sus manos en señal de plegaria y esperanza porque la Resurrección prometida

sea manantial de vida. “¡Papá, no viene sola! ¿Quién es el que la acompaña?”... “Es San Juan Evangelista, el mismo que acompañaba a la Amargura esta mañana. Fue uno de los discípulos de Jesucristo y estuvo junto a la Virgen en este trance inevitable”. “¡Ah!, voy comprendiendo”. “Quisiera acompañarla pronto yo también con la túnica blanca y el antifaz verde”. Al poco, el paso se arría cerca de nosotros seguido de los sones clásicos que aún ponía a finales de los 80 la banda de música de Mairena. Ante esa estampa, sólo queda la oración y el diálogo íntimo con nuestra Madre.

¡Y aquella tarde de Viernes Santo en 2013!, también forma parte de los anales de la Hermandad. Tras una mañana pasada por agua, la tarde quedó desapacible. Tomaba el paso Cristo la esquina de la calle Ancha desde Alconchel cuando el cielo comenzó a derramar las lágrimas del Padre. Yo, en el margen derecho de la calle, esperaba a encontrarme con él. Los paraguas comenzaban a aflorar. Creo que no llevaba ninguno, pero no importaba. Decidido a mojarme, como el Señor y la Virgen, avancé al lado del Crucificado hasta la recogida. Sin desviar un ápice la mirada de su cara y rezándole, el agua y mis lágrimas se confundían en un reguero de emociones incontenibles: mis abuelos, el no vestir la túnica ese año, el pesar de los hermanos, el daño a los enseres... Afortunadamente, Dios está con nosotros y nos aporta la esperanza y el temple necesarios. Todo terminó en una anécdota y la Vera Cruz regresó espléndidamente al templo, como estaba escrito.

Sin duda, la cofradía no se ciñe al día de la salida. En cada casa los preparativos se viven de una manera y se sigue un ritual propio. En la mía, la Cuaresma se disfruta intensamente: viernes de abstinencia, incienso, programas de actualidad cofrade, vídeos de Semana Santa y cintas de casete de marchas procesionales. Pero antes de todo eso, mamá bajaba la túnica del altillo para ver si había que sacar dobladillo o hacer cualquier otro arreglo. Una vez las costuras necesarias, sólo quedaba plancharla y colgarla en espera del gran día. ¡Qué recuerdos cuando extendíamos las ropas de nazareno de Isa y la mía en el salón de casa para plancharlas ayudados por la abuela Isabel! ¡Cuánto esmero, dedicación y ternura! Mamá fuiste alumna aventajada de una gran maestra, pero tu amor sin

medida por nosotros te ha hecho entregarte en cuerpo y alma por lo que más querías, hasta dignificar al extremo el significado de la palabra MADRE.

Te acercabas a la fila, con precaución. Por la túnica, no hacían falta muchas más señas: Juan, es ése, el penúltimo de la derecha. Susurrabas: “¿Necesitas algo?, ¿vas bien?” Era una costumbre. Yo asentía y tu cara rezumaba paz y sosiego. También satisfacción al comprobar cómo disfrutaba en mi penitencia.

Pensar en cada instante del Viernes Santo y en la Vera Cruz resulta conmovedor. Es el culmen de la Semana Santa. Ésta constituye para mí el momento más emotivo del año. Entonces, mi ánimo resurge especialmente tras un duro invierno y todo mi ser vibra con intensidad. Parece como si levitara y entrara en trance. Me embriago de un aroma especial y un gusanillo recorre mi pecho cada vez que evoco los momentos de la procesión, que son los momentos de mi vida.

Seis y media de la tarde. El cuerpo de nazarenos empieza a concentrarse, progresivamente, en la Casa Hermandad. Formación por tramos, reparto de insignias y saludos. La cara de cada hermano refleja alegría contenida por la responsabilidad de la penitencia que se avecina y sobre la que cada cual ha depositado promesas vitales y sinceras plegarias.

Oración a una sola voz, ajuste de antifaces. Suena el cerrojo de la puerta de la Hermandad. La procesión se pone en marcha hacia el templo para reunirse con sus titulares. En el umbral de la puerta, las filas de nazarenos se despliegan a derecha e izquierda recogiendo los cirios de cera.

En el breve recorrido hasta la Parroquia, silencio sepulcral en el que cada nazareno vive absorto en sus pensamientos y diálogo con Dios. A veces, la incertidumbre del tiempo planea sobre el cortejo. Se respira calma tensa. Cielo encapotado y revuelo de capas por repentinas ráfagas de viento.

Con gran fervor, los nazarenos comienzan a desfilar por delante de los pasos para recibir el último aliento de su Padre y de su Madre. Las ocho de la tarde y los primeros tramos del Señor, comandados por la Cruz de Guía, bajan la rampa parroquial. La gente mira con curiosidad y expectación

mientras el nazareno avanza en su particular estación de penitencia. El oído es fundamental ahora. Suenan pasos presurosos y cierta agitación en el interior de la Iglesia. Ya se mueve el primero de los pasos. En breve enfrentado a la calle. Y el milagro que vuelve a producirse un año más.

Tras el Señor, séquito de penitentes, la banda y el tramo de niños. A continuación, los otros cuatro tramos de la Virgen antes de que la Dolorosa se asome a Mairena para repartir su gracia y su luz.

Pronto, en la calle Real, la cofradía se muestra ya espléndida y asentada. Entregada al grandioso abrazo de su Cristo que recoge la súplica de perdón que todo buen cristiano realiza. Profundo examen de conciencia y abierta confesión al Padre que te escucha. Está casi más cerca que nunca. Va dormido pero rezuma vida por ese costado ensangrentado y dulzura en su rostro piadoso. La bajada de la calle, tomada con cierta distancia, es un verdadero gozo en el ocaso de la tarde. El remate de la cruz sostiene los últimos rayos de sol para un paso que proyecta un porte y un dorado espectacular.

Miro el cielo cuando el sol reverbera
y contemplo al Cristo de mi Vera-Cruz
abierto el costado, clavado en la Cruz
caminando por las calles de Mairena.

Er Conché es otra cita obligada. La cofradía se ensancha, la música se recrea y los costaleros portan con especial esmero los pasos. Ante ellos, los ancianos de la Residencia oran con débiles voces pidiendo lo más preciado de esta vida, salud. Buscan con ahínco, hasta encontrarla, la mirada del Cristo y de la Virgen. Sacian sus almas de felicidad.

Y cuando Mairena oscurece
miro al cielo y en su agonía veo
a mi Cristo de Vera Cruz que resplandece.

De ida, la Plaza espera paciente la cofradía. Los nazarenos se aprietan un poco a la orden de sus diputados. Desde el balcón de la Peña, saetas para sahumar la llegada del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y la Virgen de la Ancilla.

El Señor se levanta y avanza hasta la esquina de la Caja Rural para ofrecer un momento mágico. Una sucesión de marchas brotadas de la desembocadura del Guadiana se encadenan en una revirá interminable ejecutada con elegancia y paso preciso. El movimiento premeditado y milimétrico de la Cruz quedan grabados en la retina y el conjunto ante tus ojos hace que el testigo se eleve al mismísimo Paraíso. Prueben a verlo si no lo conocen. Con el firmamento estrellado es asombrosa la escena. El espacio es reducido pero el poso interior de paz y bienestar que queda es una maravilla. Deja brotar las emociones y las lágrimas de tus ojos. Acuérdate de los tuyos, no frenes los sentimientos. Dios baja hasta a ti para enseñarte el camino al cielo.

En San Sebastián, tras otra bonita revirá en el cantillo de Juanito Liñán, se inicia oficialmente el camino de regreso a casa. El cansancio empieza a hacer mella en buena parte del cuerpo de nazarenos, pero estos se sobreponen para mantener el rigor que manda la tradición. El ritmo del cortejo se aviva, pero los pasos siguen dejando estampas para el recuerdo. El crucificado da pública manifestación de la continuidad de la Pasión ante el recibimiento que le brinda el nazareno de La Plazoleta. La Virgen de la Ancilla, en los momentos de su Mayor Dolor y Traspaso, brilla con una luz especial gracias a su primorosa candelería. ¡Cuánta belleza acumulada en un rostro! Mirada severa y baja, y boca entreabierto como expresión del duro trance que la acompaña. El corazón lo lleva herido por la maldad de un rey romano. ¡Bendito tesoro custodiaban las Mínimas de Triana!

La Cruz de Guía recorre la calle Mesones. A esta altura, el paso Cristo navega con firmeza tripulado por la cuadrilla de los *mulos*. La compenetración entre el paso, capataces y costaleros es total. El umbral del dolor por el peso de los pecados, superado, queda olvidado. Ahora toca disfrutar: los preparativos de la Cuaresma, los ensayos, la tradición familiar, la Hermandad, el arrepentimiento por haber fallado al Altísimo, por los errores también mundanos, y el compromiso por ser cada día mejor.

Sin darnos cuenta, el Cristo ha dejado atrás la Plaza tras una larga chicotá. El Paso de Virgen aumenta su cadencia para estar lo más cerca de su Hijo ahora que se acerca el final del recorrido. Un relevo y vámonos para la Parroquia. Cristo Crucificado emboca Daóiz para iniciar un último episodio de ensueño. Hay gente que sigue el paso, otra avanza para verlo con perspectiva o conseguir buen sitio en la recogida. Con el paso en movimiento, la sombra proyectada del Cristo y los candelabros neobarrocos sobre la pared de la farmacia de la calle *La Iglesia* ofrecen una estampa inigualable. Los metales se funden, la cera verde se consume y la música transmite un dolor inaplacable. El momento es apoteósico. La luz tenue sobre el cuerpo del Cristo, entre claroscuros, confiere un realismo absoluto. Es el momento en el que muchos hermanos empiezan a querer que todo vuelva a empezar.

Pero es el momento de la entrada en el templo. Con orden, los nazarenos van accediendo y esperan con avidez los pasos. Queda el último esfuerzo de los costaleros con la rampa hacia arriba. Ahí, empujan todos los presentes para elevar a nuestros titulares al lugar del que en la noche del Viernes Santo bajan para estar con nosotros, la Gloria. Dentro, mutismo absoluto y miradas perdidas por el cansancio y la promesa cumplida. “Un poquito la derecha *alante*; quieta la trasera; vámonos; poco a poco..., esta son mi gente de la Vera Cruz, *sí señó*; menos paso quiero, las *llamás* muy cortitas, bueno...; pendiente con el escalón. ¡Eah!, ¡vámonos que estamos dentro!”. Sólo se escucha el tono seguro del capataz que, tras una dirección ejemplar, arriará el paso a la archiconocida voz de ¡hasta el año que viene, si ellos lo quieren!

Embelesado por tan mayúsculo espectáculo, advierto cuando vuelvo en mí que por unos momentos cerraba los ojos y me trasladaba a la procesión de Sevilla que el pasado año viví en representación de mi Hermandad de la Vera-Cruz. Veo un interminable mar de alineados capirotos, unos aterciopelados, otros lisos, todos altos. De distintos colores, entre los que es difícil escrutar el horizonte. Calles atestadas de público, a un lado y al otro. El tiempo de finales de marzo es perfecto y la atmósfera incomparable.

Jesús de la Vera Cruz, Virgen de los Buenos Libros, se aproxima La Campana... pronto, mi primera entrada en Carrera Oficial. Siempre delante de nosotros, la minúscula talla del Cristo de la Vera Cruz, la más antigua de todas las que procesionan en la Semana Santa de Sevilla. ¡Y cómo no! Allí con él y con nosotros los nazarenos maireneros también van ellos, amparándonos. ¡Nuestro Cristo de la Vera-Cruz y María Santísima de la Ancilla!

La tarde espléndida ha dado paso ya a una noche gozosa de silencio y de rezo interminable. Santa Marta, Penas de San Vicente, Museo y Vera Cruz, justo contrapunto al júbilo madrugador del Lunes Santo que desemboca en San Pedro por Santiago y a Reyes Católicos desde los confines del arrabal trianero.

Catedral, la estrechez de la angosta Placentines y el regreso victorioso y recomendadísimo por Cuna, Tarifa, Aponte y La Gavidia. En la Plaza, a poco del final, una saeta escalofriante que desenclava al Señor y se te clava en el recuerdo. Por Baños se regresa a la Capilla con paso firme y las alforjas llenas de gratitud por la estación reparadora cumplida. ¡Qué grande es la Vera Cruz y su Confraternidad!

Cruz como centro, principio y fin,

cruz de vida, cruz redentora y cruz triunfal.

Cruz de amor, cruz de conversión, refugio espiritual.

Cruz camino, estandarte de fe, bendita cruz.

Cruz eterna, eterna salvación, cruz gloriosa,
guíanos para que seamos dignos de alcanzar
las promesas de Nuestro Salvador.

Cruz cristiana, cruz de guía, tú marcas nuestro camino.

Astilla desprendida del madero del Divino Redentor
astilla de amor, misericordia, astilla de consuelo,
astilla de entrega y perdón.

Santa y cristiana cruz,
guárdanos, ampáranos y permite
que en el reino de los cielos
gocemos de su presencia y su luz.

MIS RECUERDOS Y VIVENCIAS DE HERMANDAD

Mi temprana vinculación a esta Hermandad hace que me reconozca incapaz de fijar cuándo la pisé por primera vez. Lo que sí sé es que las sensaciones cuando entro por sus puertas o hablo con sus miembros no han cambiado. Fraternidad, lo primero, buena acogida y estima. Aquí se trata de hacer bueno el mandato de Dios de “amar al prójimo como a uno mismo”.

Llego y palpo cordialidad. Veo una profunda admiración por su Cristo y su Virgen. Celebro la juventud movilizada que asegura un buen porvenir. Oigo el rumor de una corporación bien organizada en cada uno de sus actos anuales. Huelo cera cuando se aproxima la Cuaresma y el terciopelo de las insignias y del manto de la Virgen de la Ancilla. Gusto compromiso y trabajo por las cosas bien hechas.

Sin duda, guardo un cariño entrañable a las noches de ensayos costaleros de cada Cuaresma. Desde muy pequeño las viví junto a mi tío y conocí a muchos de sus compañeros de trabajadera: Agustín, Jacinto, José Manuel Jiménez, Manolo *Patalón* y su primo José Luis; Manuel *Chanca*, José *Naranjero*, los Peña, los Alba, Carrión, *Manué el Jijlo*, Jesús García o noveles como Ventura o Reina; y otros del Paso Virgen, porque según el año mi tito Prenda cuadraba en la última de Cristo o en la primera de Virgen: Jacinto García, Agapito, el Parra, Alberto Mateos, Carlos Jiménez o José Manuel Mateos. No me perdía ningún ensayo. Esos días, cenaba algo más temprano y, antes de que mi tío pasara a recogerme, terminaba de repasar en la cocina los últimos estudios del colegio. Tendría unos siete años.

Una vez en la Casa Hermandad, tertulia con todo el que iba llegando. Tan pequeño, era una esponja a la que le gustaba mucho oír todo cuanto se hablaba de cofradías y de la propia Hermandad. De aquellos muchachos y hombres me llamaba poderosamente la atención verlos llegar con las fajas bajo el brazo y las zapatillas de esparto. Una vez ataviados, se iba en busca de los pasos y los niños nos montábamos en lo alto para sumar kilos a los sacos de arena ya preparados. ¡Qué asombro la primera vez que Antonio o su hijo, José Casimiro, mandaban el paso arriba! ¡Estos costaleros tienen fuerza! Compartía confidencias en voz baja con hermanos como Manolo *Chanca Hijo*, Julio *el Poli*, su hermana Gloria, Carrión, Antonio González Bustos..., todos de la misma generación.

Al final de cada ensayo, pasadas las once y media, no había tiempo que perder, pues al día siguiente tocaba madrugar. Eso sí, mi tío me invitaba siempre a un refresquito de limón que me debía beber a toda prisa. ¡Mira que me gusta esa bebida, pero esos refrescos me sentaban como un tiro en el estómago! Al segundo buche, mi tío me estaba pidiendo celeridad, así que daba un tercer trago sin ganas y dejaba la botella aún por la mitad cuando mi tito estaba saliendo ya por la puerta. Y a fe de que la prisa no siempre es buena consejera, pues no era extraño el día en que debíamos detener el coche al toparnos con el ensayo de la Virgen de la Soledad. No sé por qué, quizás por la estrechez de la puerta del Cristo, pero me parecía

que el palio se resistía a entrar. En todo caso, esos días me iba a la cama feliz.

Amén de los ensayos ordinarios, no puedo olvidarme de la citación para cuadrar a los costaleros, cuestión que exigía método, buen ojo y paciencia pese a los deseos generales de empezar a tocar trabajadera. Algo que, por primera vez, tenía lugar cada año en la sede del Consejo General de Hermandades y Cofradías. Allí se guardaba la parihuela con la que ensayaba la cuadrilla del Cristo a fin de preservar el paso. A las órdenes del capataz, se salía a la calle San José. Ya entonces olía a Semana Santa. Con el paso de las semanas, el ánimo iba 'in crescendo'. Ensayos en torno a la antigua biblioteca municipal apoyados con un vetusto radiocasete acoplado a la parihuela. Y, por supuesto, con el traslado de los pasos de la cofradía a la Parroquia.

En esas fechas, la Semana Santa se toca con la yema de los dedos y el Viernes de Dolores llega sin solución de continuidad. Y con él, el solemne *Via Crucis* por las calles de la collación parroquial. Posteriormente, llega la emotiva y esperada subida del Cristo al paso. De todas ellas, recuerdo cuando, trabajando en la televisión de Extremadura, salía de Mérida el viernes a las nueve de la noche y regresaba en el coche escuchando música cofrade con la ilusión de llegar a tiempo y acompañar un rato a mi Cristo. Gracias a su protección y a la de la Virgen, así podía hacerlo. Llegaba cansado y traspuesto por la larga jornada, pero el esfuerzo tenía recompensa. Silencio y cirios alumbrando el recogimiento y la plegaria en torno a la figura de nuestro Señor ante la atenta mirada de su madre María.

Día a día, y durante los 34 años de mi vida, veo en ésta una Hermandad viva y consecuente con su compromiso cristiano y con su labor asistencial original. Celebración de cultos, donación de sangre, aportación de alimentos, bolsa de caridad.

En todo este tiempo de pertenencia a la Hermandad, me enorgullezco de haber contado con un anfitrión que me ha adentrado en el conocimiento de las historias, personas y vivencias que aquí se respiran. Un compañero de vida con el que Dios ha querido que comparta innumerables momentos

y con el que siento una conexión singular. Es ése que muchos Jueves Santo me traía hasta la Parroquia a ver los pasos preparados y me metía debajo de ellos para explicarme sus entresijos. Ése que me relataba historias sobre la hechura de los pasos. Ése que con el cuello en carne viva, el Sábado Santo por la mañana, me narraba los pormenores de su salida de costalero la tarde anterior. Ése que me advertía de la dificultad que entrañaban las trabajaderas de la Virgen. Es ése que, por una lesión ocular, regresó precipitadamente al tramo tres y se colocaba detrás de mí evitando que mi capa se llenara de cera. Ése que de pequeño me llevaba a ver la matanza de Judas o que siempre me ha invitado, sin falta, a ‘Sonidos de La Pasión’. Ése también con el que, por distintas razones, he visto la cofradía desde fuera compartiendo sentimientos y gustosa complicidad.

Tito, mi gratitud y deuda contigo son impagables. Has contribuido a hacer de mí la persona que soy. Por eso también, es un honor que hoy Dios nos permita compartir este acto.

Parece que fue ayer, pero las primaveras pasan haciendo bueno el tópico ‘tempus fugit’. No obstante, para cada uno queda la huella de nuestra trayectoria. Me transporto a mi infancia para verme debajo de un pasito en las fiestas de la Cruz de Mayo imaginando ser tu costalero, otras veces fijo la mirada ante la colección de carteles de la Semana Santa de Mairena que adornan las paredes del bar de nuestra Hermandad. ¡Cuántas vivencias y esfuerzos por recordar qué hice, dónde vi una cofradía, con quién estuve en aquella u otra Semana Mayor! Aquellos que bien me conocen, saben que disfruto con ello y que trato de retener los momentos en el archivo de mi memoria. De pronto, me veo sentado como un comensal más en el almuerzo que conmemora el XXV Aniversario de la cuadrilla de hermanos costaleros. Ambiente distendido y una prolongación más de los ensayos. Pioneros que allanaron el camino y que, sin duda, son responsables, desde el martillo o desde la trabajadera, del andar hoy de nuestras imágenes.

Otras veces, ensimismado y a las puertas de la Semana Grande, repaso el programa de mano y leo como un ritual el Boletín anual de la hermandad. Entonces, me emociono con los artículos escritos, repaso las normas de la salida procesional y confirmo los días de solicitud de papeleta de sitio. En

este punto, un escalofrío me recorre el cuerpo. Nunca olvidaré aquel día de 2001 que volviendo de recoger nuestra papeleta, tito, la abuela Isabel se había puesto mala. Demasiado joven como era y tan pasional como soy, fue difícil aceptar las consecuencias de un infarto cerebral. Afortunadamente, pudimos seguir disfrutando algún tiempo de ella y ofreciendo cada Viernes Santo por su recuperación.

Como veracruzista, me enorgullezco de haber vivido y participado en momentos cumbres de la Hermandad. Fue por 2005, en una soleada mañana de finales de septiembre, día de Romería en Mairena, cuando por primera vez tuve noticias de la Peregrinación Nacional de Hermandades y Cofradías de la Vera Cruz. El marco, las céntricas calles del Puerto de Santa María. Nueve años más tarde, Mairena y mi Vera Cruz organizaban este excepcional encuentro. Agradezco a los hermanos que me ofrecieron la posibilidad de colaborar en la redacción del Boletín especial que se editaría con motivo de tan magno evento. Fueron meses de estrecha colaboración y de sentimientos compartidos.

Lo demás, se vio y ha quedado escrito. Devoción y asombro ante el altar de la Casa Palacio. Nuestra Señora de la Ancilla y San Juan al pie de la Cruz. Con el Hijo de Dios, bendijeron a los presentes en una Misa Pontifical. Y completaron una procesión digna de la mayor admiración. Desde entonces, si cabe, la Vera Cruz es más Vera Cruz.

Al ver a Jesús,

al pie de la Cruz

veréis a María cual desbordada fuente

que inunda de dolor

y amargura a los presentes

quebrada por dentro, plena en su amor.

SIGNIFICADO DE LA VERA-CRUZ

Vera Cruz... Al son del redoble de Chiclana y el anuncio de nueva interpretación para mi Dolorosa, interiorizo la magnitud y el significado de la Vera Cruz. Antigua y caritativa hermandad franciscana de finales de la Edad Media, contaba entre sus filas con hermanos disciplinantes y con hermanos de luz. La Madrugá del Viernes Santo comenzó siendo el día señalado para su procesión. Siglos de tradición y buen hacer por la comunidad legados al presente. Y el culto a la Cruz, como símbolo del buen cristiano, concretado en la fiesta allá por Mayo de exaltación a la Santa Cruz. ¡Qué honor Madre Mía santificar el madero donde pereció tu Hijo, el Salvador de la Humanidad!

Sin distinción de épocas, la personalidad y la esencia de nuestra querida Hermandad se mantienen a fuego. A mi mente acude, con habitual recurrencia, la viva imagen de insignes veracruzistas que no están entre nosotros pero que han marcado la historia contemporánea de la corporación o mi historia personal. A sabiendas de que pudiera olvidarme de algunos otros emblemáticos hermanos, es de honor recordar la ascendencia de personalidades como Antonio González, Don Enrique el *Párroco*, Cayetano Mateos, Manuel Vallejo el *Padre Cultos* y Juanma *Curita*. Por supuesto también, aunque no los llegué a conocer, hay que resaltar el valor de aquellos que en años complicados tiraron de la Hermandad, como Pepe Cayetano, *El Cura del Carbón* y José Manuel Jiménez *Ratón*. Y, cómo no, el carisma de Agustín Gómez, *el maestro*, quien con su energía y devoción desmedidas por ellos... se convirtió, como dijera José Casimiro, en autor del más hermoso soneto a Cristo Crucificado.

Dios Mío, tú que a la muerte diste vida.

Tú, que hiciste de ese leño la Cruz,

apiádate de mi alma abatida,

guía mis pasos e inúndame de luz.

En el ámbito más íntimo, mi abuelo Roldán. Durante años puso al servicio de la hermandad sentimiento y maestría carpintera. Ya ha tiempo, abuelo, que te reuniste con Dios. Nos dijiste hasta luego como número 4 de la Hermandad y con la satisfacción de haber abonado el terreno para la continuación de tu estirpe veracruzista.

Todos ellos, representantes de tantos otros, refrendan la idiosincrasia de la Vera Cruz. Identidad que se manifiesta en cualquier acto que ésta protagonice. Austeridad, compostura, solemnidad... Sus reglas corporativas y normas procesionales así lo contemplan. Rigor, recogimiento y oración como expresión más firme de devoción y Fe cristianas. Sus orígenes como Hermandad de Sangre imponen rectitud y orden, imperativos que en el siglo XVII hicieron recomendable el adelanto horario de su desfile a la tarde noche del Jueves Santo.

Sencillez, sacrificio y confraternidad. Lo sabe todo el que, tras el rezo de la oración preparatoria el Viernes Santo, decide libremente seguir adelante y no “marcharse a casa”. Ejemplaridad de cada cual consigo mismo y hacia fuera. Compromiso. Hasta el final. Lo saben el capataz, el costalero, el acólito, el monaguillo y ese nazareno que regresa a casa presuroso “por el camino más corto y sin entretenerse”.

Y como piedra angular de nuestra idiosincrasia, la caridad y entrega a los demás como prueba de amor y seguimiento del mensaje de Nuestro Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y de Nuestra Señora de la Ancilla. Él, el de los brazos abiertos, el de imponente figura, el de la acogida incondicional, se nos muestra clavado en la cruz como signo de amor y ternura. Él nos redime de nuestros pecados y nos relanza a la vida eterna a través de su Resurrección. Como escribiría San Pablo en su epístola a los Gálatas: “a mí líbreme Dios de gloriarme sino en Nuestro Señor Jesucristo y en la Cruz, en la que está crucificado para mí y yo lo estoy para el mundo”.

Y tú, Madre, Nuestra Señora en sus Misterios Dolorosos cuando amparabas a las Mínimas, tomaste la advocación de Ancilla cuando de la mano de unos buenos hermanos cruzaste el río para venirte a Mairena. Sierva y fiel esclava, aceptaste la advocación que Elías Méndez Carrión eligió para la Virgen que en los años 20 había cedido a la hermandad y que

no pudo sortear la irracionalidad de una guerra. Tu expresión y tristeza, portentosa belleza, recuerdan la gubia de Montes de Oca. Eres madre de toda la humanidad y el mejor ejemplo para tus hijos de la Vera Cruz. Tu cara proyecta el reflejo de la luz divina que nos acerca a tu Hijo. Sabor a viejo convento destilas. Tu serenidad sirve de paño de lágrimas en este valle de la vida. Postrado ante ti, y ante tu sufrimiento, alivio mi dolor. Eres comprensión y refugio de nuestros pesares. Eres sustento e impulso. A diario, esperanza. Eres quien llena de fe el cáliz de la vida. ¡Contigo, Madre, este tránsito, es regalo de Dios y pura alegría!

Observarte transmite paz. Hace desear que seas guía constante de nuestras vidas, mediadora de cada uno de nosotros con el Señor. Tus manos entrelazadas, en permanente oración, expresan cómo debiera ser la actitud y la vida de todo cristiano, mostrando público testimonio de fe y rectitud para ofrecer y agradecer a Dios.

Ancilla, sierva y esclava del Señor,
con magnanimidad y humildad
concebiste al Verbo en tu corazón
para darlo hecho hombre a la Humanidad.
Vino para redimirnos de los pecados terrenales
afrentas veniales y mortales
tentaciones de una vida triste y vacía
que nos desvían de la Palabra Divina.
Implora por nosotros, Ancilla
recondúcenos,
aliéntanos para levantarnos,
levántanos,

bríndanos cada día un nuevo amanecer
y de la luz más clara y pura, embriáganos
¡para encontrar al Hijo de Dios!

SENTIDO CRISTIANO Y RELIGIOSO

Cristo, desde su reino, está con nosotros y nos otorga comprensión, misericordia y perdón. En la Eucaristía baja y se nos ofrece en forma de pan y de vino para nuestra alma y nuestra vida, ávidas del alimento de Dios. He aquí la importancia de una reflexión sobre el alma, lo único trascendente y perdurable de nuestro ser. En palabras de Platón “el hombre es su alma”.

El alma es el germen en cada uno de nosotros del espíritu de Dios. En nuestro día a día, o en nuestra relación y quehacer con la hermandad, debemos reflejar esa semilla divina. Somos reflejo del Creador, que “habita entre nosotros” y que nos anima a que lo imitemos y obremos según sus enseñanzas con el pobre, el desvalido, el enfermo, el marginado, el perseguido, el exiliado, el preso. Dios se da en nosotros por y para los demás.

Nosotros, los miembros de esta hermandad, con la ayuda del Cristo de la Vera-Cruz y la Virgen de la Ancilla, tenemos la oportunidad y el deber de fortalecer nuestra vivencia cristiana creciendo en la Fe, la Esperanza y la Caridad. Nuestra devoción debiera traducirse en seguimiento de la Palabra. Palabra que estaba en Dios y que existía en el origen; palabra que fue enviada al mundo por medio de Jesucristo para transmitir la gracia, la verdad y salvar a la humanidad.

Debemos buscar y descubrir el alma que anida en nuestro interior. Un alma que, si tiende a la virtud, guía al hombre a hallar el mayor de los placeres: la felicidad. Para conseguirla, la Cruz del Señor es la única y verdadera hoja de ruta. Ése es mi anhelo cada estación de penitencia que emprendo con el hábito de la Vera-Cruz. Confirmarme como seguidor de

Cristo, concentrarme en el poder sanatorio de la Cruz, y confiarme a su Providencia.

Tras el verde terciopelo de mi antifaz, me sumerjo en una estación de penitencia auténticamente transformadora. Reflexiono y medito acerca del caminar de la vida, del tipo de persona que soy, con mis circunstancias, y de aquella que quiero ser. “Señor quiero acogerte a tu sincera amistad”. “Sabes, tú me ayudas a comprobar si estoy siguiendo tu camino”. Ese es el que la generosidad y el amor al prójimo son señales de preferencia de paso.

A fin de cuentas, es un momento de máximo recogimiento espiritual en el que puedes admirar la grandeza de la vida y la bondad infinita del Señor. Por ello, por muy duro que sea el camino y complicadas las empresas, conviene reparar en que no debemos cejar en el empeño, que se debe mirar siempre adelante con fe, buena obra y entrega por uno mismo y por los demás. Ésta es la clave en tiempos de tormento, de duda, de desfallecimiento, cuando las fuerzas flaquean y el sendero parece torcido y marcado por el caprichoso azar y no por el designio de Dios.

Pero el cristiano siempre tiene la Cruz. Aférrate a ella, porque es razón de nuestra existencia y signo de salvación.

Dijo Santa Ángela, con acierto, que en el amor a la Cruz está la felicidad en este mundo y en el otro. Seguir a la Cruz hace que todo termine encajando. “Perdón por caerme, Padre. Perdón por lamentar mi sino, siempre estresado, siempre acelerado y sin permitirme encontrar un momento de relajación. Perdón por no saber ponderar el valor infinitamente superior de otros dones como mi familia, la salud, tu amor o las virtudes y talentos que regalas a todos los hombres”. Después todo encaja. Tú haces que encaje. Nuestro Padre premia el esfuerzo, la constancia, la entrega por los demás y la ausencia de egoísmo y la creencia en él, sinónimo de salvación.

¡Padre, sólo te pido, no me dejes vacilar y mantenme firme en la Fe!

Padre y Dios mío, tú que agonizante
con tu sacrificio en la cruz clavado
la deuda de mis pecados pagaste.
Ten piedad de mí por tu amor probado.

A vos, Cristo, en la Cruz crucificado
que por los hombres tu sangre viertes
A vos, hermosos ojos, pies clavados
quiero unirme en la vida y en la muerte.

EPÍLOGO

Con mi cirio alumbrando tu camino de regreso a casa por Daóiz y mi corazón henchido de gozo por tu triunfo, me traslado mentalmente a la gestación de este humilde pregón. Es un ir y volver, es el círculo de la vida a la que tú, junto a tu madre, das sentido. Una experiencia racional y a la vez inefable. El camino transitado precisa de referentes, así como del buen consejo y la seguridad de ver que las piezas encajan para construir este relato. Tu imponente figura, brazos en cruz, se levanta sobre tu paso. Gracias Padre, también gracias Madre, por dialogar conmigo, por vuestra presencia y buen consejo. Últimas chicotás de Viernes Santo. Tu cara iluminada y un pueblo enmudecido y golpeado. El nazareno sigue adelante, sin desfallecer. Yo sigo adelante también apostado sobre este atril. Sólo queda verte llegar a “casa” tras el repecho que anuncia La Peana.

A pocos metros de la puerta de entrada, veo reflejada en mi sombra sobre la calle toda mi estirpe. Si estoy aquí, lo debo en primera instancia a ellos, a mis abuelos y, cómo no, a mis padres. Ellos han forjado mi ser. Valores como el trabajo, el empeño y el ofrecimiento personal presiden la senda

que describe mi vida. Una forma de ser que me habéis inculcado gracias a vuestra vida, a vuestra entrega y a vuestra bondad. No me queda más que celebrar la inmensa fortuna que tengo.

Y de repente, en una imparable mezcla de sensaciones, los sones que te acompañan ocupan de nuevo mi atención. Madre, ya apareces ahí, turbada entre los varaes de tu palio. Hermanos y devotos, tus hijos todos, te esperamos con anhelo. “Dame tu mano, que me uno a la cuadrilla de *casarillas* para ayudar con un último aliento a tu ‘recogía’”. Te siento conmigo Madre, vives en mi interior en plenitud. ¡Oh Señora Mía! ¡Oh Madre Mía! ¡Yo me ofrezco todo a Vos! Ya que soy todo vuestro, condúceme siempre por la buena senda, la de Tu Hijo, no dejes que me aparte de él.

¡Y si mi amor te olvidare, tú no te olvides de mí! Conserva siempre alta mi fe para merecer, al final de mis días, la gloria de la eterna salvación. HE DICHO.